

Las crónicas de Clifton

Jeffrey Archer

He aquí un
hombre



He aquí un hombre empieza con un disparo, aunque, ¿quién ha apretado el gatillo? ¿Quién morirá? ¿Quién sobrevivirá? En Whitehall, Giles Barrington descubre la verdad sobre Karin, su esposa, cuando el secretario del gabinete le revela un secreto. ¿Es una espía o solo una testigo inocente? Harry Clifton empieza a escribir su obra capital, mientras su esposa Emma cumple diez años al frente del Hospital Real de Bristol. Emma recibe una inesperada llamada de Margaret Thatcher; quiere ofrecerle un trabajo.

Sebastian Clifton se hace con el puesto de director general del Banco Farthings Kaufman, pero solo después de que Hakim Bishara se vea obligado a dimitir por motivos personales. Jessica, la talentosa hija de Sebastian y Samantha, es expulsada de la Academia Slade de Bellas Artes, aunque su tía Grace acude en su ayuda. Mientras tanto, Lady Virginia está a punto de huir del país para esquivar a sus acreedores, cuando de repente la Duquesa de Hertford muere, lo cual le da una nueva oportunidad para liquidar sus deudas y acabar de una vez por todas con los Clifton y los Barrington.

En un devastador giro de los acontecimientos, la tragedia se abatirá sobre los Clifton cuando alguien de la familia reciba un diagnóstico médico que hará tambalearse todas sus vidas.

IX
ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA



MÁS LIBROS, MÁS LIBRES



Para mi primera nieta

Mi agradecimiento a las siguientes personas por su inestimable asesoramiento e investigación:

Simon Bainbridge, sir Win Bischoff, sir Victor Blank, el doctor Harry Brunjes, la catedrática Susan Collins, Eileen Cooper, el muy honorable lord Fowler PC, el reverendo Canon Michael Hampel, el catedrático Roger Kirby, Alison Prince, Catherine Richards, Mari Roberts, Susan Watt, Peter Watts y David Weeden.

Prólogo

1978

Emma siempre se fijaba especialmente en aquellas embarcaciones en cuya popa ondeaba la bandera canadiense. Y hasta que no comprobaba el nombre pintado en el casco, su corazón no recuperaba su ritmo habitual.

Aquel día, al dirigir la mirada hacia el barco, su ritmo cardíaco se desbocó y las piernas le flojearon. Volvió a comprobarlo; no era un nombre que pudiera olvidar con facilidad. Se detuvo a observar cómo los dos pequeños remolcadores, que remontaban el estuario dejando a su estela un ondulante humo negro que salía de sus chimeneas, conducían al viejo y herrumbroso carguero a su destino final.

Emma cambió de dirección, pero, mientras se encaminaba hacia el muelle de desguace, no pudo evitar preguntarse sobre las posibles consecuencias que tendría tratar de descubrir la verdad después de tantos años. Sin duda, lo más prudente era volver a su despacho en lugar de remover el pasado... un pasado remoto.

Sin embargo, no dio media vuelta. Al llegar al muelle se dirigió directamente a la oficina del capataz jefe como si estuviera llevando a cabo su habitual ronda de las mañanas. Cuando entró en el vagón de tren se sintió aliviada al comprobar que Frank no estaba; solo vio a una secreta-

ria ocupada tecleando algo. La mujer se puso en pie en cuanto reparó en la presencia de la presidenta de la compañía.

—Me temo que el señor Gibson no está en estos momentos, señora Clifton. ¿Desea que vaya a buscarlo?

—No, no es necesario —dijo Emma. Echó un vistazo al enorme registro de reservas colgado en la pared y sus peores miedos se vieron confirmados. El desguace del SS Maple Leaf ya estaba programado y los trabajos debían empezar el martes dentro de dos semanas. Al menos aquello le dejaba algo de tiempo para decidir si se lo contaba a Harry o, como Nelson, hacía la vista gorda. No obstante, si Harry descubría que el Maple Leaf había regresado a su cementerio y le preguntaba si ella estaba al corriente, no podría mentirle.

—Seguro que el señor Gibson estará de vuelta en unos minutos, señora Clifton.

—No se preocupe, no es importante. Pero ¿podría decirle que se deje caer la próxima vez que pase por delante de mi oficina?

—¿Le informo de qué se trata?

—Él ya lo sabrá.

Karin contemplaba a través de la ventanilla la campiña que desfilaba rápidamente ante sus ojos mientras el tren continuaba su viaje hacia Truro. Sin embargo, sus pensamientos estaban en otro lugar, ocupados en tratar de asimilar la muerte de la baronesa.

No había estado en contacto con Cynthia Forbes-Watson desde hacía varios meses y el MI6 tampoco había tomado la iniciativa para reemplazarla como directora de Karin. ¿Habrían perdido interés en ella? Desde hacía algún tiempo, Cynthia no le había dado nada relevante que pasarle a Pengelly, y sus reuniones en el salón de té se habían hecho cada vez menos frecuentes.

Pengelly le había dado a entender que en poco tiempo esperaba regresar a Moscú. Karin confiaba en que fuera lo antes posible. Estaba harta de engañar a Giles, el único hombre al que había amado de verdad, y también estaba cansada de viajar a Cornualles con la excusa de visitar a su padre. Pengelly no era su auténtico padre, solo era su padrastro. Karin lo detestaba y le había suplicado a su madre que no se casara con él. Sin embargo, en cuanto su madre se convirtió en la señora Pengelly, Karin se dio cuenta enseguida de que podía servirse del banal funcionario del partido para escapar de un régimen que odiaba aún más de lo que lo odiaba a él, si es que eso era posible. Y entonces conoció a Giles Barrington, quien lo había hecho todo posible al enamorarse de ella.

Karin aborrecía no poder contarle a Giles el auténtico motivo por el que acudía a tomar el té a la Cámara de los Lores con la baronesa tan a menudo. Ahora que Cynthia estaba muerta, Karin no tendría que seguir viviendo una mentira. No obstante, cuando Giles descubriera la verdad, ¿seguiría creyendo que ella había huido de la tiranía de Berlín Este solo porque deseaba estar con él? ¿O habría contado demasiadas mentiras en su vida para resultar creíble?

Mientras el tren se detenía en la estación de Truro, Karin rezó para no tener que volver a mentir nunca más.

—¿Cuántos años llevas trabajando en la compañía, Frank?
—preguntó Emma, al tiempo que levantaba la vista de su escritorio.

—Casi cuarenta, señora. Trabajé para su padre y para su abuelo.

—Entonces, conocerás la historia del Maple Leaf, ¿no es así?

—Eso ocurrió antes de que yo empezara a trabajar aquí, señora, pero en el muelle todo el mundo conoce la histo-

ria, aunque son pocos los que hablan de ella.

—He de pedirte un favor, Frank. ¿Podrías reunir a un pequeño grupo de hombres de confianza?

—Tengo dos hermanos y un primo que nunca han trabajado para nadie más que los Barrington.

—Tendrán que venir un sábado, cuando el muelle está cerrado. Les pagaré el doble, en metálico, y recibirán un incentivo extra de la misma cantidad dentro de doce meses, pero solo si no he oído ningún rumor acerca de la tarea que llevaron a cabo ese día.

—Es usted muy generosa, señora —dijo Frank y se llevó una mano a la visera de la gorra.

—¿Cuándo podrían ponerse a ello?

—El próximo sábado por la mañana. El muelle permanecerá cerrado hasta el martes porque el lunes es festivo.

—¿Te das cuenta de que no me has preguntado en qué consiste el trabajo que tenéis que hacer?

—No hace falta, señora. Y si encontramos lo que está buscando en el doble casco, ¿qué hacemos?

—Solo quiero que los restos de Arthur Clifton reciban sepultura cristiana.

—¿Y si no encontramos nada?

—En ese caso será un secreto que los cinco nos llevaremos a la tumba.

El padrastro de Karin abrió la puerta de la casita de campo y la recibió con una sonrisa más cálida que de costumbre.

—Tengo buenas noticias para ti —dijo él mientras Karin entraba en la casa—, aunque tendrás que esperar un poco.

¿Sería posible, pensó Karin, que aquella pesadilla por fin estuviera a punto de terminar? Entonces vio un ejemplar de *The Times* sobre la mesa de la cocina, desplegado por la sección de necrológicas. Se quedó mirando la familiar fotografía de la baronesa Forbes-Watson y se preguntó si no era más que una coincidencia o si, por el contrario,

había dejado abierto el periódico en aquella página con la intención de provocarla.

Mientras tomaban café y charlaban de cosas intrascendentes, Karin no pudo evitar fijarse en las tres maletas que había junto a la puerta, las cuales parecían anunciar un viaje inminente. A pesar de eso, cada vez se sentía más inquieta, mientras Pengelly exhibía una actitud demasiado relajada y afable para su gusto. ¿Cómo era aquella antigua expresión militar? ¿La «felicidad del licenciado»?

—Creo que ha llegado el momento de que hablemos de temas más serios —dijo Pengelly, al tiempo que se llevaba un dedo a los labios.

Salió al pasillo y echó mano de su abultado abrigo en el colgador junto a la puerta. Karin se planteó la posibilidad de salir corriendo, pero si lo hacía y después él solo le decía que regresaba a Moscú, echaría por tierra su identidad falsa. Pengelly la ayudó a ponerse el abrigo y la condujo al exterior.

Karin se sorprendió al notar cómo Pengelly la agarraba del brazo con fuerza y casi la obligaba a avanzar por la calle desierta. Normalmente iban cogidos del brazo para que cualquier desconocido con el que se cruzaran pensara que se trataba de un padre y su hija dando un paseo; pero hoy era distinto. Karin decidió que, si se encontraban con alguien, incluso el viejo coronel, se detendría a charlar con él; sabía que Pengelly no se atrevería a hacer nada ante la presencia de un testigo. Como todos los espías, daba por sentado que todo el mundo también era un espía.

Pengelly continuaba con su alegre cháchara. Aquello era tan impropio de él que Karin se sintió aún más nerviosa. Miró con cautela en todas direcciones, pero parecía que nadie se había decidido a salir a dar un paseo un día tan gris y triste como aquel.

Cuando llegaron a la linde del bosque, Pengelly echó la vista atrás, como hacía siempre, para comprobar que

nadie les había seguido. Si veía a alguien, desandarían el camino y volverían a la casita. Pero aquella tarde no.

Aunque apenas eran las cuatro de la tarde, la luz ya había empezado a atenuarse y cada minuto que pasaba la oscuridad ganaba terreno. Al dejar atrás la calle y adentrarse en el sendero que conducía al bosque, Pengelly la agarró del codo con mayor firmeza. Su voz se transformó para adecuarse a la fría brisa nocturna.

–Sé que te alegrará saber, Karin, –Jamás la llamaba Karin–, que me han ascendido y que muy pronto volveré a Moscú.

–Enhorabuena, camarada. Te lo mereces.

Pengelly no aflojó la presión alrededor de su brazo.

–Por lo que este será nuestro último encuentro –continuó. Podía albergar la esperanza de que...–. No obstante, el mariscal Koshevoi me ha asignado una última tarea.

Pengelly no dio más explicaciones, casi como si quisiera que Karin se tomara su tiempo para pensar en ello. Seguían adentrándose en el bosque y, como cada vez se hacía más oscuro, Karin apenas podía ver a una yarda delante de sus narices. Sin embargo, Pengelly parecía saber exactamente adonde se dirigía, como si hubiera ensayado cada uno de sus pasos.

–El director de contrainteligencia –prosiguió con calma–, por fin ha destapado al traidor del grupo, la persona que lleva años traicionando a la madre patria. He sido elegido para llevar a cabo el adecuado correctivo.

Su mano finalmente se relajó y le soltó el brazo. El primer instinto de Karin fue echar a correr, pero Pengelly había elegido cuidadosamente el lugar: detrás de ella, un puñado de árboles, a su derecha, la mina de estaño abandonada, a su izquierda, un angosto sendero apenas visible por culpa de la oscuridad reinante y, de pie ante ella, enorme, Pengelly, de quien costaba imaginar que pudiera transmitir mayor calma o estar más alerta.

Despacio, sacó una pistola del bolsillo de su abrigo y la sostuvo con aire amenazador a un costado. ¿Esperaba de veras que fuera a salir corriendo, para que así necesitara más de una bala para matarla? Karin, sin embargo, permaneció clavada donde estaba.

–Eres una traidora –dijo Pengelly–, y has hecho más daño a nuestra causa que ningún otro agente que haya existido antes. Por tanto, tienes que morir como mueren los traidores. –Dirigió una mirada hacia la entrada de la mina–. Estaré de regreso en Moscú mucho antes de que encuentren tu cuerpo, si es que acaban encontrándolo.

Pengelly levantó la pistola sin prisa alguna hasta situarla frente a los ojos de Karin.

El último pensamiento que tuvo antes de que Pengelly apretara el gatillo fue para Giles.

El sonido de un único disparo resonó por todo el bosque. Una bandada de estorninos remontó el vuelo justo cuando el cuerpo de Karin se desplomaba en el suelo.

HARRY Y EMMA CLIFTON

1978-1979

1

Número Seis apretó el gatillo. La bala salió del rifle a doscientas doce millas por hora y alcanzó su objetivo un par de pulgadas por debajo de la clavícula. Lo mató al instante.

La segunda bala se incrustó en un árbol situado a unas cuantas yardas del lugar donde habían caído ambos cuerpos. Poco después, cinco paracaidistas del SAS avanzaron sobre los matorrales que crecían delante de la mina abandonada y rodearon los cuerpos. Como si se tratara de mecánicos de Fórmula Uno concienzudamente preparados, cada uno de ellos desempeñó su función sin hablar ni hacer preguntas.

Número Uno, el teniente al mando de la unidad, recogió del suelo el arma de Pengelly y la metió en una bolsa de plástico, mientras Número Cinco, el médico, se arrodillaba junto a la mujer para tomarle el pulso: débil, pero aún con vida. Debía de haberse desmayado al oír el primer disparo; precisamente por eso los condenados ante un pelotón de fusilamiento suelen estar atados a un poste.

Número Dos y Número Tres, ambos cabos, levantaron con cuidado a la mujer desconocida del suelo, la posaron sobre una camilla y la trasladaron hasta un claro en el bosque a unos centenares de yardas de la mina, donde ya les esperaba un helicóptero con las hélices emitiendo un sonoro zumbido. En cuanto aseguraron la camilla al interior del transporte, Número Cinco, el médico, subió a bordo para acompañar a su paciente. Justo cuando se abrochaba el arnés de seguridad, el helicóptero despegó. Volvió a tomarle el pulso a la mujer; un poco más estable.

Sobre el terreno, Número Cuatro, sargento y campeón de los pesos pesados del regimiento, levantó del suelo el otro cuerpo y se lo cargó al hombro como si se tratara de un saco de patatas. El sargento trotó a ritmo constante en la dirección opuesta a la que habían tomado sus compañeros. Al fin y al cabo, sabía perfectamente adonde se dirigía.

Un momento después apareció un segundo helicóptero que empezó a dar círculos en el aire mientras barría la zona de operaciones con su amplio haz de luz. Número Dos y Tres, terminado su primer cometido con la camilla, se apresuraron a regresar junto a Número Seis, el tirador. Con la ayuda de este último, que ya había bajado del árbol y llevaba el rifle colgado al hombro, los tres se dispusieron a buscar las dos balas.

La primera estaba incrustada en el suelo, a escasas yardas del lugar donde Pengelly se había desplomado. Número Seis no tardó mucho tiempo en localizarla tras seguir su trayectoria. Aunque todos los miembros de la unidad tenían una amplia experiencia detectando las marcas que dejaban las balas al rebotar y los residuos de pólvora, les costó un poco más localizar la segunda bala. Uno de los cabos, pese a tratarse solo de su segunda misión, levantó una mano en cuanto la descubrió. La arrancó del árbol con la ayuda de su cuchillo y se la entregó a Número Uno, quien la guardó en otra bolsa de plástico; un *souvenir* que se exhibiría en una sala que jamás recibiría la visita de invitados externos. Misión cumplida.

Los cuatro hombres corrieron hacia el claro en el bosque y dejaron atrás la vieja mina de estaño. Llegaron justo cuando el helicóptero se posaba en el suelo. El teniente esperó a que todos sus hombres hubieran subido al transporte antes de sentarse en la parte delantera, junto al piloto, y abrochase el cinturón de seguridad. Justo cuando el helicóptero empezaba a elevarse, detuvo el cronómetro.